

CAPÍTULO VII

La defensa social.

La anarquía y las luchas sociales de que hemos hablado se manifiestan sobre todo en los pueblos que han intentado romper con su pasado y cuya mentalidad, por lo tanto, ha perdido su estabilidad.

El alma de una nación se forma de un tejido de tradiciones, creencias y sentimientos comunes, hasta de prejuicios fijados por la herencia. Esta alma orienta constantemente nuestros pensamientos y dirige nuestras acciones. Gracias á ella, los pueblos piensan y obran de una manera semejante en las condiciones fundamentales de su existencia.

Una sociedad no está construída sólidamente, ni puede existir la idea de patria que conduce á defenderla, mientras no se haya formado el alma nacional. Hasta su formación, un pueblo no es más que un conjunto de bárbaros capaz solamente de cohesión momentánea pero sin lazo duradero. Vuelve á la barbarie en cuanto se disgrega el alma nacional. Roma pereció al perder su alma. Los invasores, que heredaron sus ruinas pero no su grandeza, tardaron varios siglos en adquirir esta alma nacional cuya posesión sólo podía sacarles de la barbarie.

Ahora bien, estamos precisamente en una de esas fases críticas de la Historia en que las creencias religiosas, políticas y morales que orientaban nues-

tros pensamientos y nuestra conducta se desvanecen progresivamente y no se han formado todavía las que han de reemplazarlas. Es una cosa terrible para un pueblo haber perdido sus dioses. El escepticismo, posible en los individuos, es un sentimiento desconocido de las multitudes. Necesitan un ideal creador de esperanzas, como lo ha dicho con mucha exactitud un poeta:

El hombre necesita siempre un héroe, una doctrina ó un dios, algún fetiche raro que encarne su deseo. En vano un arcángel tenebroso derriba incansablemente los palacios que construye, en vano la suerte burlona disipa las nubes que se obstina en detener.

Los dioses cambian á veces, pero no pueden morir. Una creencia nueva sustituye en seguida á la que los siglos han desgastado.

Los dogmas socialistas tienden hoy día á reemplazar á los dogmas cristianos.

Su fuerza principal consiste en poder relacionarse fácilmente con las creencias seculares. El Estado-providencia es una forma debilitada del cielo-providencia, y los paraísos socialistas son próximos parientes de los de las leyendas primitivas.

Nunca sucedió de otro modo. Los pueblos muy viejos que llevan el peso de herencias arraigadas, sólo pueden poseer creencias antiguas transformadas y, por consiguiente, cambiar sencillamente sus nombres. Los sentimientos que han exigido muchas generaciones para fijarse en el espíritu no pueden desaparecer bruscamente.

Por esta razón, á pesar de la poca elevación de su ideal, la fe socialista, heredera inmediata de la fe cristiana, progresa en el espíritu de las multitudes. Da á los sencillos la esperanza, que los dioses

no dan ya, y las ilusiones que les ha quitado la ciencia.

Sus apóstoles persiguen sin razón, con un odio intenso á los demás dogmas, y sin embargo, clericales, socialistas, anarquistas, etc., son variedades semejantes de la misma especie psicológica, y sus almas sufren el peso de semejantes quimeras. Tienen una mentalidad idéntica, adoran las mismas cosas y responden á las mismas necesidades por medios poco diferentes.

Si los propagandistas de la religión nueva se limitaran á predicar pacíficamente su doctrina, no serían muy peligrosos, pero los socialistas comparten con todos los apóstoles el carácter común de querer imponer por la fuerza el ideal que creen destinado á regenerar el mundo.

El odio que la sociedad inspira á estos espíritus dominados por un atavismo religioso apenas láico, se extiende rápidamente entre los obreros. La suerte de estos últimos es mucho más feliz hoy día que antes, y sin embargo, sus maldiciones contra la organización actual son idénticas á las de los primeros cristianos contra el mundo antiguo que acabaron por destruir.

* *

Aunque el ataque á la sociedad sea cada vez más violento, su defensa es tan débil como la del mundo pagano ante la fe nueva, y tiene las mismas causas. Ahora, como entonces, los espíritus ilustrados no creen en la solidez de los principios sobre los cuales está basado el edificio social. Dominados por influencias atávicas y por las necesidades de los momentos actuales, son incapaces de voluntad fuerte, y acaban por ceder á todos los movimientos de la

opinión popular. Ahora bien, esta opinión es extremadamente versátil. Explosiones imprevistas de furor, de indignación y de entusiasmo estallan á propósito de los menores sucesos.

No teniendo ya un fondo común de principios susceptibles de encauzar sus oscilaciones mentales ni ningún faro director para orientar su conducta, los gobernantes acaban por seguir á las multitudes en vez de dirigir las. La acción de las aristocracias pierde gradualmente de este modo su fuerza, y pronto no tendrá influjo.

Todas las fórmulas en las que se condensan ahora los instintos populares, y que se proponen la destrucción total de la sociedad, son propagadas por esa categoría de alucinados designados con el nombre de agitadores ó apóstoles, y cuya psicología no ha variado á través de las edades.

Son generalmente espíritus obtusos, pero dotados de una tenacidad fuerte que repiten siempre las mismas cosas en los mismos términos, y están dispuestos á menudo á sacrificarse al triunfo del ideal que les ha conquistado. Su poder sobre el alma de las multitudes es considerable, porque prometen continuamente luminosos paraísos. Un paraíso es esperanza, y la esperanza fué siempre uno de los principales móviles de la actividad de los hombres.

Hipnotizados por sus ensueños, acaban por alucinar á las multitudes y las lanzan furiosamente contra todos los obstáculos. La mentalidad de las masas no se ha modificado apenas en el curso de los siglos. La inteligencia puede evolucionar, pero los sentimientos y las pasiones, que son nuestros verdaderos guías, no han cambiado.

Desgraciadamente, los apóstoles sólo se combaten con apóstoles: ahora bien, si los del desorden

son numerosos, los del orden son muy raros. El error apasiona, pero las verdades frías no entusiasman.

Además, es más fácil alabar ilusiones que defender realidades. Asegurad á un obrero que su patrono es un ladrón y que hay que quemarle la fábrica, y os creerá fácilmente; pero explicadle que su patrono se verá obligado á reducirle el salario porque en el fondo de Asia unos hombres amarillos fabrican los mismos productos á menos precio, y no os escuchará siquiera.

El mundo ha sido hasta ahora trastornado por quimeras, y grandes imperios fueron destruidos bajo la influencia de convicciones sentimentales, cuya insignificancia nos parece hoy extrema. No esperemos que la razón ejerza en el porvenir un papel que no ha ejercido en el pasado, y preparémonos á sufrir todavía el poder invencible de las quimeras. Las ilusiones penetran lentamente en el alma de las multitudes, pero cuando se han implantado en ella, es para mucho tiempo, y es imposible prever sus destrozos.

..

En uno de los primeros capítulos de este libro he tratado de demostrar que las violencias de la revolución obedecieron á que el instinto de barbarie primitiva, dormido en el fondo del alma popular, había sido, merced á ciertas teorías filosóficas, aceptado como génesis de un derecho nuevo. Se creyó obrar en nombre de la razón, invocándola sin cesar, cuando en realidad se luchaba contra ella, siendo los instintos seculares, libres de todo freno, los únicos guías. El Terror representa la transfor-

mación en derecho de instintos inferiores. Fué el esfuerzo de lo instintivo para dominar á lo racional, y no una dominación de lo racional, como se lo imaginaron los personajes que fueron sus autores y los historiadores que lo relatan.

Este triunfo legal de instintos atávicos era cosa bastante nueva en la Historia, porque todo el esfuerzo de las sociedades—esfuerzo indispensable para permitirles subsistir,—fué constantemente el de refrenar por medio de las tradiciones, las costumbres y las leyes, ciertos instintos naturales legados al hombre por su animalidad primitiva. Es posible dominarlos—y un pueblo es tanto más civilizado cuanto más los domina,—pero no se puede destruirlos. Bajo la influencia de excitantes diversos, el socialismo por ejemplo, reaparecen fácilmente.

Los grandes movimientos populares no son nunca un resultado de la razón, sino una lucha contra la razón generalmente. Pretender explicar por la lógica racional lo que fué creado por la lógica de los instintos es no entender nada de Historia.

El movimiento revolucionario actual no es como todos los que le han precedido, sino una reacción de instintos bárbaros que aspiran á sacudir el yugo de lazos sociales, bastante debilitados para esperar destruirlos. Lo que muchos espíritus cegados por quimeras consideran como progreso, es sencillamente una regresión hacia las formas inferiores de existencia.

Toda civilización implica molestia y sujeción, y sólo está civilizado el que sabe sufrir esta molestia y esta sujeción. Los pueblos salen de la barbarie creando frenos sociales poderosos y vuelven á ella cuando los dejan debilitarse.

Los lazos sociales creados por la civilización sólo se mantienen por un esfuerzo constante. Una de las causas de decadencia es renunciar á este freno creyéndole inútil.

Esta noción de impotencia se halla muy extendida, sobre todo en las capas ilustradas de la nación. Se resignan á las calamidades sociales como se resignaban antiguamente á las epidemias, que una ciencia exenta de pesimismo ha sabido vencer.

El escepticismo indiferente, que constituye nuestra debilidad, no ha conquistado á los apóstoles revolucionarios. La confianza en el éxito es uno de los elementos de su fuerza.

Aun cuando la situación de los trabajadores sea muy próspera hoy día, los doctrinarios les han persuadido de tal modo de la injusticia de su suerte, que han terminado por creer en ella. La realidad verdadera de las cosas es la idea que uno se forma de ellas.

Al volver progresivamente la mentalidad del obrero moderno á los instintos primitivos, camina á convertirla en la de un bárbaro.

Ardua labor será volverle á la civilización, pues habrá que demostrarle el valor respectivo de la inteligencia, del capital y del trabajo, y después hacerle comprender que el orden social nuevo que se le ofrece como un paraíso, sería la miseria de los trabajadores. Pero, ¿dónde están los maestros capaces de enseñar estas cosas?

• •

No pudiendo apoyarse en una Universidad desprovista de reglas directoras, ni sobre un Gobierno sin fuerza, nuestra burguesía debe contar sólo con-

sigu misma y aprender á organizarse para defenderse, como lo hizo Suecia en su lucha contra la insurrección de la clase obrera.

Aleccionado por la experiencia, el gobierno sueco comprendió que el derecho de huelga, tal como está practicado hoy día, concediendo á una minoría de facciosos el derecho de detener todos los servicios públicos de un país y sembrar el desorden por todas partes, era incompatible con los progresos de la civilización. En su consecuencia, presentó al Parlamento un proyecto de ley regulando los contratos colectivos y pronunciando penalidades severas contra las huelgas que constituyeran un peligro público. Un tribunal especial arreglará las diferencias. Con tal ley no hubiéramos conocido la huelga de los carteros, ni las huelgas repetidas de los obreros de los arsenales que han arruinado nuestra marina mercante.

Un movimiento análogo comienza á iniciarse en Francia ante las duras lecciones de la experiencia. Pero nuestra mentalidad habrá de sufrir algunos cambios antes de que ese proyecto se resuelva en leyes (1).

Nuestra burguesía está todavía muy indecisa y demasiado blanda para pensar en protegerse, pero la energía del ataque conducirá acaso á la de la defensa. M. Sorel lo demuestra muy bien: «El día—dice—en que los patronos se convenzan de que no han de ganar nada con las obras de paz social ó con

(1) Se hallarán datos interesantes sobre este asunto en el libro de M. Bouloc *Le Droit de grève*. Demuestra claramente las ilusiones psicológicas y económicas de tal derecho. Aconsejo al autor que repita á menudo su tesis si quiere interesar en su causa á oradores influyentes.

la democracia, comprenderán que han sido mal aconsejados, y entonces habrá alguna probabilidad de que recuperen su antigua energía. Una clase obrera creciente y sólidamente organizada puede forzar á la clase capitalista á combatir ardentemente en la lucha industrial.»

Quien quiera merecer vivir debe ser el más fuerte. Dada la evolución moderna del mundo, nadie podrá conservar lo que no sepa defender. Para triunfar en las luchas que vemos aumentar, nuestra burguesía deberá adquirir ciertas virtudes y renunciar á ciertos vicios. La insolencia del lujo de algunos logreros ociosos, lujo que el obrero cree compuesto por una parte considerable de su trabajo, ha suscitado más odios que todos los discursos socialistas.

Comparada á la aristocracia inglesa ó á la antigua aristocracia francesa, nuestra burguesía envejece rápidamente, y no duraría si en cada generación no se consolidara con elementos de la clase colocada bajo ella.

Sin embargo, no hay que extrañarse de esto. Las antiguas aristocracias sólo se perpetuaban por los derechos de herencia, sin necesitar ninguna superioridad. Las aristocracias de la inteligencia, por el contrario, no subsisten si no mantienen su superioridad intelectual. Ahora bien, eso no se hereda. He demostrado en otro libro (1) que las aristocracias sociales están condenadas á renovarse constantemente, porque las leyes de la herencia vuelven pronto al tipo medio de la raza á los descendientes de individuos que se habían separado demasiado

(1) *Les lois psychologiques de l'Evolution des peuples*, 9.^a edición.

de él. La naturaleza también es á veces igualitaria, pero no de la manera que piensan los socialistas. Lejos de igualar los individuos de una generación, los diferencia. La naturaleza iguala sólo en el futuro, mientras que los socialistas quisieran igualar en el presente.

••

No parece que sea en las capas elevadas de la burguesía donde se inicia la defensa social, sino en sus individuos más humildes: comerciantes, artesanos, etc.

*Muy amenazados siempre y nunca defendidos, comprenden ahora que no pueden contar sino consigo mismos, y comienzan á organizarse para sostener la lucha.

Se sindicán, forman asociaciones y hasta se proponen constituir una milicia que les proteja. El ejemplo de Suecia les ha servido de lección. No podemos menos de felicitarles y animarles á seguir por ese camino.

Por otra parte, la situación se hacía intolerable para ellos. He aquí cómo se expresaba recientemente *Le Temps* sobre este asunto:

El comerciante está entregado por la demagogia de los legisladores y la debilidad de los poderes públicos á los lobos del sindicalismo. Bajo el régimen de repartición fantástica, bautizado con el nombre de política social, sobre él caen las patentes y las multas. Las llamadas leyes sociales las soporta doblemente en su calidad de patrono.

¿Quiere decir esto que en cambio de esos sacrificios crecientes se les asegure la protección á que tienen derecho? De ningún modo. De cuando en cuando los voluntarios de la acción directa van á visitarles. Si el comer-

ciante no cede á sus amenazas, le obligan por la fuerza. Los sindicados se extienden por sus locales, invaden sus almacenes, expulsan á los dependientes y atemorizan á los compradores.

La paciencia de los comerciantes al pormenor, raza manejable á voluntad, se agota al fin. Se muestran firmemente resueltos á defenderse por sí mismos puesto que no están defendidos, y proyectan la organización de una milicia que oponga la fuerza á la fuerza. He aquí donde nos ha conducido la indiferencia de los gobernantes que se suceden desde hace unos diez años: á la defensa directa de los ciudadanos molestados.

Lo que precede sólo se refiere á la defensa inmediata contra las violencias; pero también sería muy importante adquirir algunos principios fijos, capaces de orientarnos un poco en medio del desorden en que nos hallamos, y de luchar contra las fuerzas que disgregan cada vez más el edificio social.

Precisamente esos principios fijos son los que nos faltan. Algunos de los hechos registrados diametralmente por los periódicos, y que constituyen fragmentos útiles de nuestra historia social, revelan una psicología que los hombres del porvenir no comprenderán. ¡Qué aventura más típica la de esos manifestantes, conducidos por su diputado, que detuvieron bruscamente un tren expreso en Villeneuve-le-Roi, á riesgo de producir una catástrofe, con objeto de obligar á la Compañía á darles una estación! Se necesita una mentalidad de salvaje para llegar á ese extremo.

• • •
Cuando el desprecio de las leyes es general, el principio de autoridad ha desaparecido y todas

las disciplinas que constituyen la fuerza de una civilización se desvanecen, el desquiciamiento de la sociedad está próximo. Nada se respeta hoy día, excepto la fuerza. El empleado subalterno es insolente ante sus jefes, el marinero ante el capitán, el obrero ante el patrono.

Hay que reconocer, sin embargo, que las autoridades pierden cada vez más el derecho á ser respetadas. La magistratura no hace justicia y parece reservar toda su indulgencia para los peores bandidos, á quienes protege su dinero. Los gobernantes obedecen á los peores sectarios, no protegen á los ciudadanos contra las violencias y sólo manifiestan energía para perseguir y despojar á viejos frailes sin defensa.

Es toda una civilización que se hunde, todo un pasado glorioso que se extingue. Fenómenos del mismo orden se manifestaron al final del Directorio, después de diez años de anarquía. Sin duda, la mano ruda de un déspota bastó entonces para restablecer el orden, pero ¡á qué precio! ¿Podemos repetir experiencias semejantes?

¿Dónde buscar un freno? ¿Á quién dirigirse? ¿Hacia nosotros solamente, lo repito, y no hacia los gobernantes, y menos hacia los legisladores.

¿Qué podemos esperar de esos gobernantes y de esos legisladores, sin libertad, sin dignidad y sin fuerza? No saben sino obedecer á las exigencias de las juntas electorales, de las que son esclavos.

M. Poincaré decía recientemente que el diputado, á veces tan altivo ante el Parlamento, no era más que un modesto corredor de distrito «que no podía dar un paso sin oír el ruido de la cadena que le recuerda su esclavitud» y dispuesto «á humillar los más fieros designios ante esas divindades mis-

teriosas y tembles que se llaman juntas electorales.

El legislador, tal como es elegido hoy día, constituye un verdadero peligro social, porque, falto de carácter y pensando sólo en su reelección, obedece á los instintos más bajos de la multitud.

•••

Es inútil disimularlo. La plebe es la que nos gobierna hoy día. Ahora bien, ignorante de sus propios intereses y llena de envidia, piensa únicamente en apoderarse de las riquezas conquistadas por la inteligencia y suprimir todas las superioridades. Llega hasta á exigir la confiscación brutal de las fortunas, sin las cuales la industria no puede prosperar. Impuesto inquisitorial sobre la renta, confiscación de la cuarta parte de las sucesiones, etc. Bajo su impulso caminamos hacia la ruina completa de nuestra hacienda. La Historia será severa justamente para los esclavos que obedecen á tales amos sin intentar ilustrarlos.

Los humildes servidores del gobierno popular creen rehacer con leyes las sociedades, establecer la igualdad y desposeer á los detentadores de la riqueza. Ya hemos demostrado en este libro la vanidad y los peligros de semejantes tentativas en las que se ensañan nuestros legisladores.

Estudiando los orígenes de los grandes progresos que han transformado las condiciones de existencia de los hombres y hecho del obrero moderno el igual del rico antiguo, M. d'Avenel demostraba, una vez más, que esos progresos no fueron nunca resultado de empresas colectivas, sino de esfuerzos individuales.

Lo que estos últimos han realizado, ni la caridad cristiana, ese socialismo facultativo de ayer, ni el socialismo moderno, esa caridad obligatoria de hoy, no habrían podido ni podrán obtener... los progresos futuros serán resultado del esfuerzo individual libre y no de la bondad colectiva, aun cuando se erigiera en sistema legal. La bondad sirve mucho á la mejora moral de los que la ejercen como un deber, y muy poco al alivio de los que la reclaman como un derecho. Crea solamente la virtud de los unos, pero no las riquezas de los demás. Desde el punto de vista económico los bienhechores efectivos de la humanidad no son los organizadores de la bondad, sino los que procuran el trabajo.

Nuestros esfuerzos para cambiar leyes naturales ineludibles, por ejemplo, establecer la igualdad allí donde la naturaleza impone la desigualdad, representan tentativas tan peligrosas como las de un jefe de industria que quisiera violar todas las leyes de la física y de la mecánica. La ruina le demostraría pronto el peligro de semejante empresa.

•••

Sería inútil buscar aquí qué reglas morales dirigirán la sociedad en lo futuro. Debemos ocuparnos, sobre todo, de la en que vivimos y los medios de hacerla durar, deteniendo la anarquía creciente.

Los principios directores capaces de guiar un pueblo no tienen necesidad de ser numerosos, con tal de que sean fuertes y respetados universalmente. El culto de Roma, ideal dominante de los romanos, aseguró su grandeza hasta el día en que se debilitó en el alma de los ciudadanos.

Todos nuestros esfuerzos deben concentrarse precisamente sobre la defensa de la noción de pa-

ría, que implica toda una organización moral. Esta noción está muy minada en Francia por la mayoría de las sectas socialistas que comprenden claramente que una vez destruida esta idea, base del edificio social, éste se arruinaría de un sólo golpe.

Muchas otras nociones se derivan de esa noción principal, y especialmente ésta: que un pueblo no puede vivir sin ejército, sin jerarquía, sin respeto de la autoridad y sin disciplina mental. Ningún partido, excepto el de los revolucionarios, prescindiría de estos elementos esenciales, puesto que todos aspiran necesariamente á la duración del país en que viven.

El amor de la patria forma el verdadero cimiento social capaz de mantener el poder de un pueblo. La patria es el símbolo de las adquisiciones hereditarias de toda nuestra Historia. No pudiendo vivir sino por ella, debemos vivir para ella. Los autores de la reciente revolución turca conquistaron las almas apelando al culto de la patria.

«Todo hombre de corazón y de conciencia—decaía una de sus proclamas—sabe que la patria es cosa más sagrada y más querida que la madre, el padre, en una palabra, que todo en el mundo.»

Desgraciadamente, el culto de la patria, que creó antiguamente el poder de Roma y ha contribuido tanto en nuestros días al desarrollo rápido de la prosperidad alemana, está defendido muy débilmente en Francia. En Alemania, como en América, es propagado por las universidades en las clases ilustradas y por los maestros en las capas populares. ¿Podemos contar en Francia con la misma clase de defensores cerca de la juventud y de la infancia? Hay muchas razones para dudar de ello.

M. Bouglé hacía notar recientemente que lo que los «jóvenes» comprendían mejor y lo que más les conmovía y atraía en el socialismo era el «hervimiento». Sabido es con qué vigor fué rechazado por los alemanes durante el último Congreso socialista internacional. Semejante lección no ha corregido á nuestros profesores.

Si esta mentalidad se perpetúa, si los profesores se agregan progresivamente á los sindicatos que predicán la guerra á la patria y al ejército, ¿qué podremos esperar de las generaciones así formadas? Cuando los hombres reniegan de su patria y se rebelan contra las leyes, ¿sobre qué elementos puede basarse una sociedad para poder continuar viviendo?

Verdades evidentes son éstas, sin duda, pero no hay que cansarse, sin embargo, de repetirías. Los socialistas rellenan sin cesar, y á fuerza de vociferar contra el capital y la organización actual han acabado por persuadir á las multitudes de la justicia de sus teorías. Una verdad sólo se incrusta en las almas después de repeticiones innumerables. Si los defensores de la sociedad estuvieran animados de una fe tan ardiente y propagaran sus doctrinas con el mismo celo que los revolucionarios, la derrota de estos últimos sería segura.

Hemos llegado á una época decisiva, en la que cada uno deberá resignarse á ser un apóstol para defender el edificio social contra la barbarie destructiva de los sectarios. El triunfo de estos últimos conduciría pronto á la ruina general, á las guerras civiles y á la invasión. Defender la patria y combatir la anarquía se ha convertido en un deber al que nadie debe sustraerse.

Las leyes morales derivadas de la noción de patria son suficientes para construir la armadura so-

cial de un pueblo. Su fuerza depende únicamente de la acción que ejercen sobre las almas. Sostenida solamente por los cóigos, esta fuerza sería inútil.

No son las constituciones, ni las flotas, ni los ejércitos los que dan cohesión á una nación y mantienen su grandeza. Su fuerza verdadera es su ideal, poder invisible, creador de las cosas visibles, que dirige las almas. Un pueblo tarda varios siglos en adquirir un ideal y vuelve á la barbarie en cuanto lo pierde.

..

El síntoma más seguro de la decadencia que nos amenaza es el decaimiento general de los caracteres.

Numerosos son hoy día los hombres cuya energía se debilita, sobre todo en las aristocracias, que tienen más necesidad de ella. Lo mismo en los grandes directores, colocados á la cabeza de las naciones, como en los jefes pequeños que gobiernan los detalles, la indecisión y la indiferencia predominan.

Los fanáticos revolucionarios, dotados de energía por su mismo fanatismo, son temibles por esa razón. Ante su voluntad fuerte, toda voluntad débil ha de doblegarse. Estos agitadores no son todavía tan peligrosos como pueden serlo, porque las tradiciones sociales, creadas por un pasado largo, mantienen algo el edificio minado continuamente. En la sombra de la tumba se hallan nuestros amos verdaderos. Contra las fantasías de los vivos se levanta el despotismo de los muertos.

Parece que hoy sólo los muertos tienen energía para nosotros. Sin embargo, no podrán ayudarnos siempre, pues el poder del pasado sólo se mantiene mientras el presente le dé un sostén constante.

..

Llegado al término de este largo trabajo, concluiré tratando de demostrar, de una manera sintética, que los fenómenos físicos, biológicos y sociales son condicionados—cualesquiera que sean las leyes diversas que los rijan—por necesidades generales del mismo orden. Estas necesidades superiores parecen constituir la filosofía suprema de las cosas.

El mundo de los conocimientos ha conseguido desde hace medio siglo una extensión mayor que durante toda la serie de las edades anteriores.

Á los descubrimientos realizados de los hechos se han añadido las teorías propuestas para interpretarlos.

La ciencia moderna renuncia á descubrir un elemento fijo en el universo, un punto de vista invariable para la serie de los fenómenos. Todos se han ido desvaneciendo progresivamente, y hasta la materia, el último elemento sobre el que se creía poder contar, ha perdido su eternidad. La inestabilidad sucede así á la fijeza. Fluctuaciones de equilibrio perpetuas han sucedido al reposo.

La razón primera de las cosas se remonta á un infinito inaccesible, y sólo se conocen las relaciones de los fenómenos. El conjunto de las experiencias conduce á esta conclusión tan profunda de Poincaré: «En nuestro mundo relativo, toda certidumbre es una mentira».

Abandonando las explicaciones demasiado sumarias, la ciencia sustituye ahora á las grandes leyes generales la acumulación de causas infinitamente pequeñas, pero infinitamente numerosas. Enseña que el mundo físico, el mundo biológico y el mundo social son obra de individualidades mínimas, sin acción mientras permanecen aisladas, pero muy

poderosas en cuanto se asocian. Elementos infinitamente pequeños hacen surgir los continentes, y crecer las mieses, y mantienen la vida. Las multitudes humanas hacen evolucionar á las civilizaciones.

Pero al demostrar esta misión de la multiplicidad y de la adición de las causas en la génesis y la evolución de los fenómenos, la ciencia ha probado igualmente—demostración capital—que todas estas individualidades diversas, átomos físicos, células vivientes, unidades humanas, etc., quedan sin efecto si fuerzas directoras no vienen á provocar y canalizar sus acciones.

Poco importa que los elementos considerados pertenezcan al ciclo físico, biológico ó social. Los agentes directores son indispensables siempre para orientarlos, y en cuanto cesan de sufrir su influencia, los elementos individuales se convierten en polvo inútil. Para las células de un ser organizado, la orientación directora es la vida y su paralización la muerte, y la ley es la misma para las unidades del orden social.

El papel de los gobernantes en la dirección de los pueblos es comparable al de los sabios en el manejo de los fenómenos. Como estos últimos, el hombre de Estado no puede hacer otra cosa que utilizar, orientándolas sabiamente, fuerzas naturales que no puede crear, y como el sabio, puede luchar contra ellas, oponiéndolas fuerzas antagónicas.

•••

Entre las fuerzas diversas de que dispone el hombre para luchar victoriosamente contra los poderes que le dominan, la voluntad fué siempre la más activa. Divinidad soberana que hizo salir de la

nada, con las maravillas de las ciencias y de las artes, todo lo que constituye el brillo de las civilizaciones.

Remontando el curso de la Historia y estudiando cómo ciertos pueblos adquirieron su grandeza, cómo los dueños del pensamiento obligaron al universo á entregarles sus misterios, se halla siempre en la base de sus éxitos una voluntad fuerte.

Si tratamos de descubrir después por qué tantas naciones perecieron después de una larga decadencia, por qué Roma, reina del mundo, acabó por caer bajo el yugo de los bárbaros, hallamos que estas caídas profundas tuvieron por causa el debilitamiento de la voluntad.

Esta facultad es, pues, la cualidad primordial de los individuos y de los pueblos, y el objeto principal de la educación debe ser fortificarla y no debilitarla. Lo difícil no es querer un instante, sino querer sin cesar. Una voluntad fuerte no desespera nunca. «Me salvaré, á pesar de los dioses», exclamaba Ajax, rodeado de las olas que desencadenaba el furor de Neptuno. La fe que levanta las montañas se llama voluntad, y es la creadora verdadera de las cosas.

Y si la Historia moderna nos muestra naciones que se elevan constantemente mientras que otras permanecen estacionarias ó declinan, la razón se halla en las cantidades variables de voluntad que estas naciones poseen. No es la fatalidad la que gobierna al mundo, sino la voluntad.

FIN